

# La INVESTIGACION MUSICAL

José Raúl HELLMER

**L**A breve historia y las observaciones que siguen son el fruto de una pequeña participación en la difícil tarea de estudiar, conservar y utilizar, en bien del pueblo, la música tradicional y popular que, en México, como en los demás países americanos, está siendo sustituida, en diferentes grados, por la música "urbana", difundida por los medios más modernos y con funestas consecuencias para la cultura musical popular. Todos los estilos regionales van desapareciendo bajo la invasión de elementos afrocubanos y norteamericanos, tan ajenos al pueblo de México. La facilidad que existe para oír esta música ha disminuído grandemente el desarrollo musical de aquél, su aprendizaje y el dominio de las formas propias de cada región.

Contra lo que gastan el radio, la televisión, las empresas de discos, etc., en lanzar canciones "de moda", sólo ha habido pequeños esfuerzos, por parte de algunas instituciones oficiales, para conservar y reincorporar a la vida cultural la verdadera música mexicana. En 1946, por ejemplo, el Instituto Nacional de Bellas Artes llamó a los maestros Jesús Bal

y Gay y Baltasar Samper para que formaran una sección de Investigaciones Musicales, que tendría aquellos fines. Al año siguiente el autor de estas líneas fue llamado para colaborar en la investigación de la música indígena y mestiza. (Y es preciso mencionar aquí el excelente método de investigación creado por Baltasar Samper, y que fue el fruto de sus anteriores investigaciones sobre la música mallorquina.)

La investigación de la música indígena y mestiza comenzó por el Estado de Morelos y por el de Puebla. En estas zonas, aparte de una gran cantidad de corridos (revolucionarios y de otros tipos); de alguna huella de canciones en náhuatl, relativamente modernas, y de unas cuantas danzas mestizas, casi nada queda de lo que era la música peculiar de la región. Solamente los viejos recuerdan algunos jarabes y sones, o algún documento musical indígena de cierta importancia, de los que existían en los tiempos de su juventud, y para los cuales no hay actualmente ejecutantes. Tepoztlán todavía conserva su interesantísima Tragedia del Tepoztécatl; Tepalcingo su baile de los Tetelcingos; Ocotepéc su canción del Chintamal (en náhuatl: fiesta de casamiento); Tetelcingo algunos fragmentos de sones de boda, cantados en náhuatl con afinaciones raras de guitarras pequeñas; y hay, en la Sierra del Ajusco, entre Tepoztlán y Atlatlahuacán, personas que se acuerdan de una canción, también en náhuatl, que describe la llegada de Cortés, amén de otras canciones que hablan del abandono de Huitzilopochtli y la creencia en el dios cristiano, y que fueron traídas de Milpa Alta.

En Tlayacapan hay un viejo, Felipe Verdigué, de noventa y tantos años, que canta todavía, acompañado al violín por don Lauro Alarcón, sones y jarabes coloniales que hablan elocuentemente del intercambio cultural de la región con Veracruz y con España. Pero estas notables memorias y estas aficiones son verdaderos oasis en el desierto musical de la zona, que ha perdido la mayor parte de su herencia musical. Lo único que permanece de ésta se percibe en las noches de plenilunio, cuando los sonidos lejanos parecen tener una extraña proximidad, y las voces varoniles, a menudo sin acompañamiento, levantan la plegaria de un corrido nostálgico, o de una canción de amor que adorna el silencio cristalino de la campiña.

Las investigaciones siguientes abarcaron una región de la Sierra Norte del Estado de Puebla, desde Huauchinango hasta cerca de Veracruz. La prodigalidad de la naturaleza, aquí, se refleja en la variedad y belleza de las manifestaciones culturales de su gente. En un solo día de mercado se oyen hablar el mexicano (náhuatl), el tepehua, el otomí, el totonaco y el español.

En la parte alta de esa zona existen danzas indígenas —ya musicalmente mestizas, pero cuyos ele-

mentos prehispánicos son todavía muy vivos—, como Los Negritos, que parece relacionarse con la adoración a Quetzalcoatl; Los Tejoneros, o la tan conocida danza del palo volador. Hay también canciones en náhuatl, en cuyas letras brilla la alegre picardía de las fiestas de boda y la antigua belleza de los conceptos indígenas: la preocupación, v.g. por *Xóchitl*, la flor, y por *ichpochxóchitl*, la flor-doncilla. Como en Morelos, donde la canción nahoá más difundida, y con muchas variantes, es la *Xochipitzahuac*, flor menuda, que es a la vez baile de casamiento, vehículo de bellas estrofas amorosas, dedicadas a la novia, y, cuando avanza la noche, pretexto para chistes y expresiones de alegría.

Al pie de la Sierra Norte de Puebla queda una faja, colindante con Veracruz, que es una verdadera mina para investigaciones músico-etnológicas. Ahí hay totonacos (que no entienden a los de Papantla), tepehuas, nahoas y otomíes. En una pintoresca rancharía que lleva el nombre de María Andrea existe una viejecita —que tenía doce años cuando Maximiliano entró al país—, que canta en otomí, en totonaco, en tepehua y en náhuatl, y que no sabe leer.

La música del huapango huasteco, tocado a la manera auténtica, con violín, jarana óe cinco cuerdas y guitarra quinta, o guitarra huapanguera, es tan complicada y hermosa que se antoja pasar años estudiándola. Don Otilio Fernández, de la región, aunque, como los buenos músicos huastecos, tocaba todos los instrumentos típicos, era el violinista más notable de la comarca. Su grupo, integrado por su hijo Abacuc, que tocaba la jarana con increíble habilidad, y cantaba, y por su nieto, Ciro, que tocaba la quinta, había desarrollado, dentro del estilo general de esa música, una individualidad, en el canto y en la ejecución, que llamaba poderosamente la atención. Ellos fueron manantial inagotable para el estudio de rasgueos, adornos melódicos, etc., y punto de partida para un estudio comparativo entre su estilo y el de otros grupos, y con ellos se grabaron un número más que regular de sones. En fin: ellos imparten sus conocimientos a quien así lo solicita con un desprendimiento y una claridad verdaderamente ejemplares. Cabe mencionar aquí el estímulo y el apoyo brindado a estos grandes músicos populares por don Valdemar Cabrera, comerciante, funcionario y consejero generoso.

Un día de enero de 1952, negro día, se recibió una comunicación del Instituto Nacional de Bellas Artes en la que se informaba que las investigaciones no podrían continuar, porque no se disponía ya de dinero para gastos. No hubo más remedio que regresar a México y dejar trunca la investigación de estas interesantísimas regiones. Desde entonces sólo ha habido breves salidas al Istmo de Tehuantepec y a Michoacán, Veracruz y Tabasco.

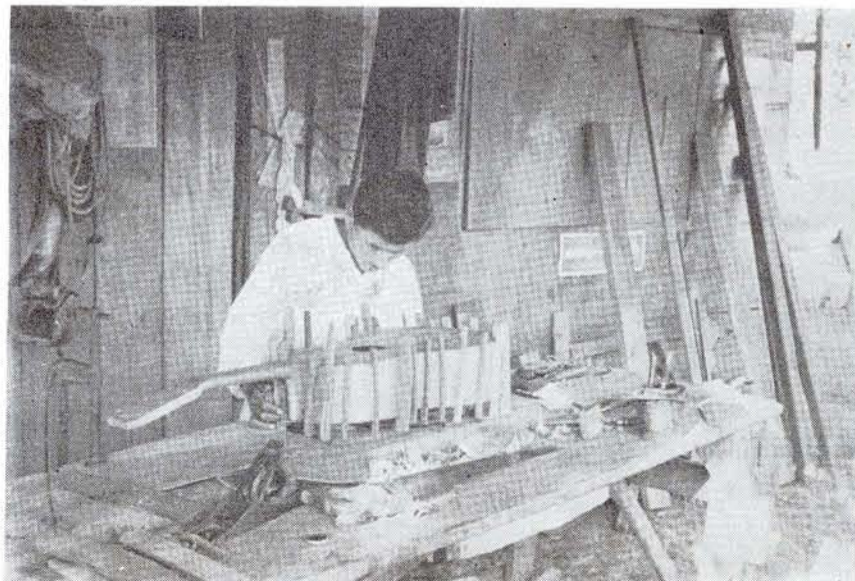


MÁSCARA DE la danza de Los Tecuanes.

LA CONTRADANZA, de Axochiapan, Morelos.



FABRICANTE DE guitarras huapangueras, San Diego, Puebla.





MÚSICOS DE *Curungueo, Michoacán*, tocando sones de la región.

FELIPE VERDIGUEL y *Lauro Alarcón*, ejecutantes de sones en *Tlayacapan, Mor.*



Sin embargo, en 1953 llegó a compartir estas labores de investigación el profesor Federico Hernández Rincón, cuya gran afición por la música vernácula se había visto robustecida a través de los años que pasara trabajando en las misiones culturales de la Secretaría de Educación Pública, principalmente en la Sierra de Puebla. El profesor Hernández —catedrático de la Escuela Superior Nocturna de Música— es poseedor de una singular y utilísima aptitud para la transcripción de los documentos musicales grabados al papel pautado. Se le encomendó, dada su experiencia, la formación de la Antología de la Música Folklórica.

Pese a todos los esfuerzos en pro de la conservación de música popular auténtica, se observa, cada día con disgusto creciente, la constante desviación que sufre en todas sus tendencias y en todas partes. No hace mucho se divulgó la noticia de que el Director de la Banda del Estado de Guerrero había recibido un cese fulminante por no poder dirigir un chachachá, cuando dicha banda se había empeñado, por años, en conservar la música regional para el deleite de propios y extraños. Esto es sólo un ejemplo de lo que sucede.



MÚSICO DE *Los Tecuanes*, en *Tepalcingo, Mor.*

Las compañías de discos, con tan potente arma para la cultura, han relegado al último lugar la presentación adecuada y la distribución de la música popular auténtica, a pesar de la necesidad que de tal material tienen todas las escuelas del país, todos los centros de verdadera cultura y los particulares. Hay Estados que no tienen una sola pieza de su música representada en el repertorio de discos comerciales. Las colecciones de discos de música mexicana, en LP, que se venden a los turistas que desean adquirir la música representativa del país, son una verdadera vergüenza. Apenas en estos días una compañía fabricante de discos está pensando en imprimir una serie de danzas mexicanas auténticas, tocadas sin mixtificaciones ni "arreglos" que las hagan perder su verdadero carácter. El radio, por su parte, presenta a unos cuantos —muy pocos— grupos de música que hacen honor a la gloria de la música folklórica, tales como el Trío Aguillillas, los Hermanos Huesca, el Conjunto Medellín, y algunos otros grupos huastecos y jaliscienses. Pero la mayoría de los programas que hacen alarde de presentar estampas de costumbres y lugares típicos nacionales, se confeccionan con arreglos orquestales, de danzas o canciones, en los que se anulan todo el sabor y la autenticidad de las mismas, que quedan reducidas a una aburrida uniformidad, sin las maravillosas características de la instrumentación, de la ejecución y del canto propios de las regiones a que pertenecen.

En la TV se han hecho, a veces, algunos esfuerzos para presentar auténticos grupos de danzantes y músicos regionales, pero las más de las veces quedan fuera de su ambiente, pues éste no se reconstruye en forma apropiada.



Instituto  
Nacional de  
Bellas Artes

CONACULTA